

Gracias... y estaba equivocado...

Queridos amigos:

Acabo de terminar de leer sus respuestas a las preguntas que les planteé en mi sermón del domingo pasado. ¡Vaya! Sus respuestas me hicieron sonreír. Sus respuestas me sacaron lágrimas.

Gracias por compartir lo que más significado tiene para ustedes en nuestra liturgia. Y gracias por compartir sus inquietudes y sus preguntas. En el transcurso de los próximos meses, iré incorporando sus respuestas en mis mensajes para el boletín y en mis sermones.

Sus respuestas también me llevaron a investigar un poco, y fue entonces cuando descubrí... vaya... que estaba equivocado. Quizás me hayan oído decir que la palabra «liturgia» significa «la obra del pueblo». Pero no es así. ¿Estaba distraído o soñando despierto cuando se trató este tema? Si fue así, no fui el único, ¡como lo demuestran muchísimos libros, artículos y sermones!

En su artículo «La liturgia reformada» (*The Reformed Liturgy*), el Dr. Nicholas Wolterstorff, profesor de Teología Filosófica en Yale, señala que en griego clásico la palabra *leitourgia* se refería a «un servicio realizado por un individuo en beneficio del público, generalmente a su propia costa». Wolterstorff afirma que, por tanto, la palabra liturgia significa «acción u obra realizada en beneficio del pueblo», y no «obra realizada por el pueblo» (Nicholas Wolterstorff, «The Reformed Liturgy», en *Major Themes in the Reformed Tradition*, ed. Donald K. McKim [Eugene: Wipf & Stock, 1998], pág. 274).

¿Qué diferencia supone esto?

Cambia nuestro papel en la adoración: pasamos de ser actores en una obra de teatro para beneficio de Dios o de los demás, a ser amigos que acuden a la mesa de Dios para recibir alimento, inspiración y bendición. Esto es importante porque, aunque el mensaje habitual de la Iglesia a menudo enfatiza la realización de la obra ministerial («la fe sin obras está muerta»), Dios siempre nos está atrayendo, llamando y conquistando para que nos sumerjamos en su amor. Si bien nuestra intención y enfoque en la liturgia consisten —como es debido— en alabar a Dios y entregarnos a Él, la intención y el enfoque de Dios son inspirarnos y alimentarnos; y no solo a quienes estamos sentados en los bancos de la iglesia, sino también, a través de nosotros, a nuestras familias y a la comunidad en general.

Por supuesto, el Espíritu Santo obra y nos habla en otros ámbitos de nuestra vida, pero es más probable que percibamos su afirmación y aliento cuando prestamos atención deliberadamente y, sobre todo, «donde dos o tres están reunidos en mi nombre»; porque entonces, incluso si nos cuesta concentrarnos, hay alguien más allá para decir: «¿viste eso?» o «¿no ardía nuestro corazón dentro de nosotros?». (Mateo 18:20; Lucas 24:32).

Tal vez pienses que tu sacerdotisa quiere que asistas al culto porque así gano «puntos extra» ante Dios o el obispo cuando hay más gente en la iglesia (lo cual no es cierto), o porque existe una relación directa entre el número de asistentes y la cantidad de dinero en los cestillos de la ofrenda (algo cierto, pero secundario). Quiero que participes en el culto porque las velas están encendidas, las palabras se pronuncian y el vino se sirve para ti y para todos. Ven, adoremos a Dios y dejémonos alimentar e inspirar.

¡Nos vemos en el culto!

Bendiciones,

Janet+